

## Un detective atípico

Headon Hill creó en 1895 al hindú Kala Persad, encantador de serpientes... y mucho más. Se lo presentamos

LUIS ALBERTO DE CUENCA

Confieso que me atraen las pequeñas editoriales que incluyen en su catálogo apuestas arriesgadas. Es el caso de Ardicia. Los adictos a la droga de la curiosidad encontramos en esos catálogos material suficiente para alegrarnos la vida lectora, descubriendo autores de segunda fila que no olvidaremos nunca. La verdad es que eso de las filas es muy relativo en literatura. Dediqué mi poema «Los dos Marcelos» a reivindicar la figura de Marcel Schwob frente a la de Marcel Proust, y no se me caieron los anillos al hacerlo.

De Headon Hill, pseudónimo del inglés Francis Edward Grainger (1857-1924), no sabía absolutamente nada hasta que me topé en una librería con su compilación de relatos policíacos *Las adivinaciones de Kala Persad*. Ese libro se publicó por primera vez en 1895, ofreciendo la totalidad de los casos protagonizados por un dúo inefable, compuesto por el *gentleman* británico Mark Poignand y el encantador de serpientes hindú Kala Persad. Dúo en el que brilla con luz propia este último «detective» (si podemos llamarlo así), pues es el primer investigador criminal que no pertenece a las élites blancas europeas, sino a un país como la India colonial británica.

### El mismísimo Holmes

Allí se desarrolla, por cierto, la primera de las cuatro adivinaciones de que consta la obra, rotulada «La adivinación del *kukri* afgano», siendo el *kukri* un tipo de daga. Poignand se tropieza con nuestro encantador de serpientes, lo salva del ataque de unos musulmanes y comprueba que sus dotes deductivas no tienen nada que envidiar a las del mismísimo Sherlock Holmes, su estricto contemporáneo.

Oigamos cómo se presenta Kala Persad ante su amigo blanco: «*Sahib*, Persad entiende enigmas más oscuros que la cara de un hombre. Los que quieren sa-

ber secretos buscan mis palabras. Cuando matan hombre o roban buey, jefe pueblo viene a mí y yo doy *khabar* [noticia] de culpable. Mucha gente ahorcada en prisión de Tanna por palabra de Kala Persad».

Las restantes adivinaciones acontecen ya en Inglaterra, adonde ha regresado Mark Poignand, acompañado del sabio hindú. Como el semidesnudo encantador de serpientes ofrece un aspecto imponente en el Londres victoriano de finales del siglo XIX, Poignand lo mantiene oculto para que sus clientes no se asusten, porque, además, el indio se ha traído, como es natural, su cesto lleno de serpientes, sin las que no es capaz de averiguar nada.

### Buen sabor de boca

*Las adivinaciones de Kala Persad* es una rareza deliciosa que se lee de un tirón y que sabe a poco, pues el lector desearía que la disparatada pareja de detectives sui géneris –un británico negado para resolver cualquier crimen y un hindú perspicaz hasta límites insospechados– protagonizara muchas más aventuras. Pero las cuatro que recoge el tomito de Ardicia dejan, pese a su brevedad, un sabor de boca excelente en quien las recorre.

La literatura policíaca decimonónica abunda en este tipo de autores que, sin llegar a las cumbres del género –y pienso en Poe, Wilkie Collins o Conan Doyle–, presentan un enorme interés para amantes de la novela criminal y curiosos impenitentes como el que suscribe. La novedad que presenta Headon Hill es, además, muy potente desde el punto de vista simbólico, pues traspasa las fronteras del detective convencional para ofrecernos, por primera vez en la historia del género, un investigador no caucásico, lo que constituye una absoluta novedad para la época en que fue creado el personaje.

### Las adivinaciones de Kara Persad



**Headon Hill**  
Narrativa  
Trad. de Raquel G. Rojas.  
*Ardicia*, 2016  
120 páginas  
15 euros



William Gaddis, autor de «La carrera por el segundo lugar»

# Aquí está la cabeza de William Gaddis

El «hermano mayor» de Pynchon y DeLillo ve publicados en España sus ensayos y estudios críticos

RODRIGO FRESÁN

De no tratarse de William Gaddis (Nueva York, 1922-1998), *La carrera por el segundo lugar* (2002) sería uno de los tan inevitables como por lo general innecesarios rejuntes póstumos que contienen materiales sueltos.

Pero –sorpresa o no tanto, habiendo sido Gaddis quien fue y sigue siendo– lo cierto es que *La carrera...* se lanza a la pista como perfecto disparo de salida para recién llegados y como trofeo en la línea de meta para curtidors atletas en las exigentes lides que siempre propuso este escritor tan excéntrico como central en las letras de su país.

Ganador en dos ocasiones del National Book Award, con fama de misántropo feroz dado al alcohol y a la erosión de sucesivas esposas, e influyente desde sus encandiladoras sombras (junto a Vonnegut, Pynchon y DeLillo) sobre buena parte de lo que se ha venido haciendo, lo cual incluye a Rick Moody, David Foster Wallace,

Joshua Cohen y, por oposición, a Jonathan Franzen, quien no dudó a la hora de condenarlo con un «*Mr. Difficult*» desde las páginas de *The New Yorker* (acusación a la que Gaddis ya había respondido décadas atrás con un «Bueno, si el trabajo no me resultara difícil lo cierto es que me moriría de aburrimiento»); lo que más sorprende en *La carrera...* es el tono didáctico y amable de sus páginas.

### «Citizen Trump»

Abarcando más de cuatro décadas y cuidadosamente ensamblado por el *gaddisólogo* Joseph Tabbi –autor también de *Nobody Grew But the Business: On the Life and Work of William Gaddis*–, se reparte entre cuestiones personales (su obsesiva documentación sobre pianos mecánicos que resultaría en su final novela/réquiem *Ágape se paga*; despachos/propaganda para clientes de su otra vida corporativa en Kodak y General Motors; una puesta al día de su infantil pero implacable magnate de *Jota Erre* durante el crepúsculo de los *yuppies* y el amanecer de *Citizen Trump*); visiones sobre obras ajenas como la de Saul Bellow (novelista tan expansivo como él aunque de modales muy diferentes), Fiódor Dostoievski o el artista plástico Julian Schnabel; una disec-

ción de esa actitud tan norteamericana (y El Tema de Gaddis) que es la épica del fracaso o la vulgaridad del triunfo; y su delicada ironía a la hora de subir al podio a recoger galardones para luego poder volver a desaparecer.

Sólo cabe reprocharle a Sexto Piso (audaz y exquisita editorial que para nuestra fortuna se ha empeñado en traducirlo *in toto*; ojalá se atreva también con el volumen de sus cartas) el no haber hecho uso para la un tanto desangelada portada local del autorretrato que alguna vez se hizo Gaddis y que se puso en la edición original de *La carrera...* Allí aparece el torso de un hombre bien trajeado sosteniendo un trago, delineado con trazo fino y elegante que se interrumpe al llegar a la altura de la cabeza.

No importa: ahora, por fin, aquí está la cabeza de William Gaddis.

### La carrera por el segundo lugar William Gaddis



Introd. de Joseph Tabbi.  
Trad. de Mariano Peyrou.  
Sexto Piso, 2017  
23,90 euros